

—específica—, pero el Rey Católico tenía una idea de España a hacer, a construir, y a la que afirmar y conseguir su hegemonía en el concierto europeo».

El presente volumen deja claro que el proyecto centralista (Reyes Católicos, Monarquía Hispánica) resulta ser el modernizador o progresista, mientras que el proyecto disgregador o reaccionario, es el periférico, foralista. Es explícito al recordar que el Estado-Nación, el Estado liberal, procura las grandes conquistas de la libertad individual. «Quizá hoy sorprenda esa identificación —puntualiza el autor—, cuando, por el contrario, ahora se hace otra identificación, entre Autonomía y Democracia o mayor liberalismo, frente a Estado y Centralización, como merma de libertades. Ese imaginario habría que corregirlo».

Siguiendo el desarrollo cronológico del trabajo que comentamos, de Carlos V destaca que su «problema es el concepto familiar, patrimonialista, que tiene de sus Estados». De Felipe II resalta que será el gran organizador del Estado; con su sentido de la burocracia introdujo grandes transformaciones en la Administración, para hacer posible la permanencia de ese gran imperio. Una de las ideas de peso de este libro es la de señalar el importante papel que desempeñan la Iglesia y el hecho religioso, al considerar que su labor, desde el punto de vista cultural, ha sido ingente, a pesar de la

Inquisición, sus recortes a la libertad de pensamiento y la Leyenda Negra que contribuye a alimentar. Del siglo XVIII señala que «tiene dos fuerzas, que son la Iglesia y la Nobleza, que no quieren hacerse el harakiri». En cuando al siglo XIX, piensa que tampoco fue un fracaso tan grande, aunque nos retrasamos un poco; pero España se modernizó. De la historia del siglo XX destaca el empeño del autor por acabar con determinadas versiones que rodean a la historiografía de nuestra guerra civil. Como vasco que es, trae a colación, por ejemplo, la imagen que el nacionalismo vasco ha dado de la guerra de 1936: «un ejemplo de historia mítica y llorosa —dice—, que parte de la visión de un enfrentamiento de España con los vascos, lo que no es cierto: pelean vascos contra vascos». El historiador García de Cortázar se muestra a lo largo de todo su trabajo como un gran rompedor de tópicos.

El contenido de *Lengua y patria* es un estudio del plurilingüismo español y su desigual consideración a lo largo de la historia. Se trata de un asunto de una notable actualidad, ya que no es sólo una cuestión lingüística, sino de entrañas políticas, como bien podemos probar en nuestra vida cotidiana. Esta obra ofrece una reflexión sobre el papel simbólico que la lengua representa para el nacionalismo y el nacionalcatolicismo; un repaso histórico del fenómeno en la América colonial y la Espa-

ña moderna; un balance sobre cómo se manifestó la dictadura franquista a favor de la lengua española y cuáles son sus concomitancias –tanto en el plano ideológico como en el material– con los proyectos lingüísticos vigentes de los nacionalismos históricos.

Juan Ramón Lodares analiza el caso español dando relevancia a tres aspectos: 1) La vinculación religiosa del principio lengua-nación y su entronque con el (nacional) catolicismo hispánico, en el plano ideológico; 2) la protección social y laboral que pretende el nacionalismo lingüístico, en el plano material; 3) la interpretación, típica aunque no exclusiva del nacionalismo, de cualquier proceso comunicador supra-regional como obra de una imposición coactiva, o una suerte de error en el curso de la historia.

El profesor Lodares hace especial hincapié en que la idea que vincula lengua y nación es de origen religioso, y, de hecho, la práctica religiosa de la predicación –en el caso de América, por ejemplo– y la lucha contra la Reforma se hicieron utilizando las diversas lenguas de cada lugar y amparando, por tanto, la separación de las comunidades. En España, hasta la guerra civil de 1936, la lucha por el regionalismo lingüístico va casi siempre unida al más rancio conservadurismo político.

Desde su perspectiva esencialmente sociológica, el autor de *Lengua y patria* nos recuerda que desde

la época de Fernando el Católico, la monarquía hispánica tuvo muy clara su misión: representar en la tierra la bíblica Ciudad de Dios. En el Génesis, las naciones surgidas de Babel, divergen en la lengua y en las costumbres, pero están ligadas por la fe. El español, por tanto, nunca fue estrictamente necesario para propagar la doctrina. La diversidad de idiomas dentro del Imperio se percibía como algo perfectamente natural. La «Pax Hispanica» estaba fundamentada en la defensa de la fe y la ortodoxia, no la lingüística.

Fue en la segunda mitad del siglo XVIII cuando la diversidad lingüística empezó a ceder, cuando a los intereses religiosos y apostólicos suceden los civiles. La progresiva liberalización del comercio entre las mismas colonias americanas, y entre éstas y España, reforzó el mercado común hispánico. No otra cosa, esencialmente, pone de moda la lengua española entre quienes no la conocían de primera mano: su participación en empresas comerciales por rutas donde se hablaba español, ya que la liberalización comercial desarrolló la circulación de esta lengua. Así, en la época de Carlos III, allí donde hay órdenes para liberalizar el comercio, unificar la moneda y liquidar aduanas interiores, en España, en Filipinas y en América, las hay para difundir la lengua común.

Dos siglos más tarde, cuando las cortes constituyentes de 1931 se

plantean oficializar el español por primera vez en nuestra historia —castellano es el nombre que se eligió—, lo hacen porque es la única forma de atajar la segregación lingüística a la que condujeron los proyectos estatutarios, sobre todo en Cataluña.

Finalizada la guerra de 1936, en España ya sólo había una lengua posible, el castellano. No cabía la españolización del catalán, del gallego y del vasco: había llegado la hora de la castellanización en toda España y su proyección imperial.

En las últimas décadas, las ideas del nacionalismo lingüístico han ganado peso en España, y ante el éxito de la promoción de las diferencias, la defensa del español o de la comunidad de lengua se entiende como algo contraproducente.

Al final de su trabajo, Lodares hace la siguiente reflexión: «puestos a ejecutar grandes proyectos de planificación lingüística habría que plantearse si, a largo plazo, queremos vernos rodeados de fronteras idiomáticas o preferimos rodar por grandes espacios de forma más igualitaria, con mayores facilidades de integración social y con menores trazas de extranjería».

En la primera parte de *Una apología del patriotismo*, se revisa el concepto de patriotismo desde la Antigüedad hasta las discusiones más modernas. La segunda parte se centra en la idea de España y la forma que podríamos dar a nuestro siempre difícil sentimiento nacional.

González Quirós afirma que «el patriotismo es una virtud necesaria que ha sido objeto de un malentendido persistente». Es decir, que si nos produce rechazo, es porque lo malentendemos o porque lo tomamos por lo que no es, generalmente por el ridículo patrioterismo, el jingoísmo agresivo o el fundamentalismo narcisista. El autor del libro que comentamos se esfuerza en deslindar nítidamente el patriotismo del nacionalismo y asegura que «apenas puede haber mayor oposición entre dos ideas que la que existe entre patriotismo, que es una virtud individual, y el nacionalismo, que puede considerarse como un vicio colectivo». Entiende que la patria es el lugar en el que el derecho edifica una comunidad a la que pertenezco y con la que me identifico mediante lazos psicológicos y morales: la patria es una realidad que se da en el ámbito ético antes que en el propiamente político. La nación aparece, por el contrario, como una realidad profundamente política, como una entidad que se sustantiva en el Estado. González Quirós considera que el nacionalismo ha podido aparecer por muy distintas razones, pero propende siempre al resentimiento, al victimismo, a la invención de males y agresiones más o menos míticos en el pasado como formas de justificar los rencores del presente que prestan energía a las ansias de dominio. Frente a esta edificación en la exclusión

puede decirse que el patriotismo no excluye, sino que integra.

Al nacionalismo le es esencial la distinción: es una exageración de la identidad y del valor de las diferencias. El patriotismo no precisa de nada de eso, y cuando se tiñe con ello se transforma en algo muy distinto. Un auténtico patriota busca lo bueno para su país, en lugar de pensar que su país es necesariamente mejor que los demás. Cuando el amor y el cuidado de lo propio se convierte en el odio y la negación de lo extraño, el patriotismo desaparece y el nacionalismo de la identidad y la exclusión ocupa su lugar. «Con esta usurpación –insiste González Quirós–, el nacionalismo pretende explotar las energías del patriotismo, intenta beneficiarse de su legitimidad y sus valores». «España –añade– somos los españoles y nuestra historia y está claro que a nadie realmente en sus cabales le interesa una disgregación que, además de indeseable, sería enteramente imposible tanto por razones estrictamente democráticas como por el hecho de que en la Europa del siglo XXI carece de sentido cualquier secesión».

Lectura útil y necesaria que a nadie puede dejar indiferente: debemos saber cuidar de la historia común, en la que caben muchas historias de parte, pero no una falsa historia contra la de todos: ahí está el meollo de la cuestión.

En sus serios e interesantes trabajos, los tres autores coinciden en el

mensaje que quieren dar a sus lectores: García de Cortázar insiste en que España cuenta con una larga y sólida historia; Lodaes demuestra que la defensa del español o de la comunidad de lengua es importante para rodar por grandes espacios de manera más igualitaria; González Quirós, finalmente, sugiere a los españoles la forma o formas que podríamos dar a nuestro siempre difícil sentimiento nacional.

Isabel de Armas

Docto pero no técnico

La obra crítica de Saúl Yurkievich (Argentina, 1931) es, ante todo, una celebración. La celebración de un lector que se sumerge en los libros con lúdico entusiasmo y libertad crítica. Sin menospreciar las herramientas eruditas y el conocimiento del estudioso, «docto pero no técnico», Yurkievich lee como quien juega: desmonta e intercambia los contenidos de la obra estudiada con la intención de demostrar que no por riguroso y sabelotodo el crítico acierta. Su trabajo se aleja de todo abordaje aparatoso y está muy lejos de la soberbia que caracteriza a